

¹ Artículo originalmente publicado en el diario *L'Opinion Nationale* de París el 18 de septiembre de 1865, de donde lo hemos tomado en el ejemplar consultado en Biblioteca Nacional de Francia. La traducción pertenece a Alejandro Madrid Zan. Firmado por "A. Malespine", fue publicado por intervención de Jules Michelet, según una carta del 29 de junio de 1865 dirigida a Jules Labbé, el director del diario: "Mi querido Señor, / La América ha sufrido una gran pérdida, y también nosotros, la del Sr. Bilbao, aún joven, ya ilustre, que se había distinguido de la manera más honorable en las revoluciones de Chile, su patria, y en la del Perú. Exiliado, él había venido aquí entre Lamennais, Quinet y yo. Nosotros habíamos depositado en él las más altas esperanzas. Nosotros pensábamos que él habría podido ser el gran ciudadano para la América del Sur. / Los diarios de todos esos países le han elogiado. Y su amigo, el Sr. Dessus, que también es nuestro amigo, nos deja una excelente noticia sobre esta breve y bella vida. / ¿Quiere usted publicarla? Nosotros se lo agradeceríamos, nosotros y sus numerosos amigos, como tantos hombres que esperaban de él las cosas más importantes y tenían los ojos puestos en él. Le estrecho la mano cordialmente. / J. Michelet" (*Correspondance Générale*. Textes réunis, classés et annotés par Louis Le Guillou, en collaboration, pour la partie E. Quinet, avec Simone Bernard-Griffiths et Ceri Crossley. Libraire Honoré

ANTOINE DESSUS

Francisco Bilbao¹

"Yo considero como un gran hombre aquel que vive en las altas esferas del pensamiento hacia las cuales los demás hombres sólo se elevan con mucho trabajo y dificultad. Un gran hombre no tiene más que abrir los ojos para ver las cosas bajo una verdadera luz a través de largas relaciones, mientras que los otros hombres deben someter sus pensamientos a penosas correcciones y sostener la mirada vigilante ante las fuentes del error. El hombre sabio comunica sin esfuerzos sus cualidades a los otros hombres y responde con su carácter y con sus acciones a las preguntas que ellos ni siquiera sabrían hacerle. He ahí el servicio del gran hombre".

Estas palabras de Emerson² nos parecen aplicables enteramente a su compatriota, el publicista filósofo de la América del Sur, Francisco Bilbao. Acaba de partir en la flor de la edad, dejando a los amigos de su país y de Europa.

Champion, París, 12 vol., 1994-2001. Carta n° 10.128). Una traducción se publicó en *La Revista Literaria* de Montevideo el 24 de diciembre de 1865, de donde la tomó Manuel Bilbao para publicarla en el Apéndice a su *Vida de Francisco Bilbao*, omitiendo los pasajes que contienen según él información incorrecta: "Hemos suprimido algunos párrafos de este artículo que narraban hechos que no eran exactos" (p. CCIV). Lo ofrecemos en traducción nueva e íntegro aquí, indicando en nota algunas observaciones.

² "Los representantes de la humanidad", que hemos encontrado traducido en *La Revista Literaria*, Montevideo, 1865.

Para todos los que han podido conocer su persona, su vida y sus obras, Francisco Bilbao pertenecía evidentemente a ese tipo de hombres que –sin pretender nada de providencial– son llamados por todas las exigencias del valor moral, más que por sus facultades superiores, a ejercer sobre los destinos de su patria una de esas influencias profundas que prueban su razón de ser y su legitimidad con la transformación de un pueblo y su advenimiento a otras condiciones sociales, las únicas capaces de fundar el presente y asegurar por lo mismo el progreso y el desarrollo del futuro más lejano.

Bajo ese signo se reconocen los grandes caracteres y los cerebros poderos, que ofrecen a las sociedades sus más vastas concepciones y sus más acabadas realizaciones. Los que se imponen una misión de esta envergadura y que son llamados a una obra de tal magnitud, poseen en ellos mismos la plenitud de la buena voluntad junto a la más alta conciencia del deber, al mismo tiempo que se sienten puestos a prueba por los sacrificios y las abnegaciones más difíciles.

Francisco Bilbao, nacido en 1823 en la ciudad de Santiago de Chile, de la que su padre era gobernador³, encontró en medio de su familia las lecciones y los ejemplos que él mismo debía reproducir dignamente. Cuando apenas hubo entrado en la adolescencia fue proscrito con sus hermanos luego de un largo proceso político⁴ y de litigios en los que tuvo que defender sus opiniones religiosas.⁵ Hacia el año 1845, para conseguir sustraerse a la persecución a la que se exponía, tuvo que refugiarse en Francia; aquí durante ese tiempo se dedicó a los estudios filosóficos, siguiendo alternativamente y constantemente tanto el movimiento político como las más profundas enseñanzas cuyos representantes más ilustres eran por entonces Edgar Quinet y Jules Michelet.

En las conferencias y comités de escuelas de las que formó parte⁶, se le vio siempre rodeado de la estima y la simpatía de todos, y ejercía una especie de autoridad, una influencia tanto más real cuanto que era aceptada por aquellos que habían sabido comprender y sentir el encanto de una fraternidad cosmopolita, humana al punto más alto y puesta en práctica en su acepción más completa, sin ninguna afectación y ninguna preocupación personal. Su amistad, que provenía más bien de una comunidad de principios antes que del encuentro de simpatías, se traducía para todos en impresiones de una elevación irresistible. Tratándose de él, el respeto tendía a superar la ternura. Se hubiera dicho que todos parecían presentir el importante porvenir que le esperaba a su condiscípulo.

³ Rafael Bilbao Beyner, liberal y constituyente en 1828, fue Intendente de Santiago durante 1829 en el gobierno de Francisco Antonio Pinto.

⁴ Rafael Bilbao fue exiliado bajo el gobierno de José Joaquín Prieto en 1834 y pudo regresar a Chile a comienzos de 1839.

⁵ Alusión a la condena en tercer grado por blasfemia e inmoralidad en el juicio de imprenta llevado a cabo el 20 de junio de 1844 en Santiago por la publicación de *Sociabilidad chilena*.

⁶ Bilbao participó con los estudiantes del *Collège de France* en la edición y redacción del *Journal des Ecoles*, publicado en París entre mayo y noviembre de 1847.

⁷ El viaje por Alemania e Italia transcurrió entre principios de octubre de 1847 y fines de mayo de 1848.

⁸ En el diario *La Réforme* Bilbao probablemente publica durante el período de la dirección de Lamennais a fines de 1849, entre el 1° de octubre y el 30 de diciembre.

⁹ En la *Revue Indépendante*, dirigida por Pascal Duprat, Bilbao publica *Les Araucans, leur foyer, leurs mœurs et leur histoire* en abril de 1847 (t. VIII, avril, pp. 496-522).

¹⁰ Bilbao formó parte del grupo fundador del diario *La Tribune des Peuples* bajo la dirección de Adam Mickiewicz, y en él colabora con un artículo contra Francia y su intervención en Italia: *Al diario La Réforme. La armada francesa acaba de desembarcar en Civita-Vecchia*, publicada el 4 de mayo de 1849.

¹¹ Bilbao permaneció en París hasta fines de 1849 y llegó a Valparaíso el 2 de febrero de 1850.

¹² Es el único testimonio que conocemos de un paso de Bilbao por territorio araucano.

¹³ Alusión al texto *Los araucanos* publicado en París en 1847, y a su participación en la revolución liberal del 20 de abril de 1851, que le significó el exilio de Chile.

¹⁴ Referencia al texto *Iniciativa de la América* publicado en París en 1856.

A partir del año 1847, después de haber visitado Alemania e Italia⁷, publicó en distintas revistas y diarios varios trabajos que llamaron la atención y dieron lugar a una discusión filosófica con Lamennais, especialmente en *La Reforma*⁸, en la *Revista Independiente*⁹ y en la *Tribuna de los Pueblos*.¹⁰

Como Georges Farcy, el joven filósofo asesinado en 1830 durante el ataque del Carrusel, F. Bilbao repetía frecuentemente: “Cada uno de nosotros es un artista que ha sido encargado de esculpir por sí mismo la estatua para su tumba, y cada uno de nuestros actos es uno de los rasgos con los que se forma nuestra imagen. Es la naturaleza la que tiene que decidir si se trata de la estatua de un adolescente, de un adulto o de un viejo. En cuanto a nosotros, tratemos tan sólo que sea bella y digna de atraer las miradas”.

La revolución de febrero [de 1848] fue saludada por el joven proscrito americano como la realización de sus más ardientes sueños y de sus más caras esperanzas; le pareció como una renovación universal. La fatales jornadas de junio [de 1848] lo afligieron tanto como una desgracia nacional. Al no poder dar cuenta de una lucha que él veía tan heroica como desesperada de las dos partes, y empujado al mismo tiempo por su natural intrepidez, no dudó en atravesar en medio de las barricadas los puestos más peligrosos para juzgar por sí mismo lo que él llamaba la “conciencia del motín”. Era más o por lo menos algo distinto que el paseo y el desprecio militar de un [Armand] Carrel recorriendo como observador desinteresado la acción de la multitud burguesa y plebeya de 1830, cuya tentativa revolucionaria en ese momento ese gran periodista consideraba incapaz de consumar sin la intervención de las tropas regulares. Debemos decir también que nadie se pronunciaba de modo más claro desde la primera hora contra las tendencias socialistas de esta misma época, ni entrevió más claramente las consecuencias inevitables de las funestas jornadas de junio.

De vuelta a Santiago de Chile hacia el inicio del año 1849¹¹, F. Bilbao hizo una excursión seguida de una estadía prolongada en medio de las pobladas araucanas¹², que él pretendía reunir con la patria común porque eran, según él, tanto antes como después de la invasión y la conquista española, los únicos representantes sin mezcla de la nacionalidad chilena. Los acontecimientos que sobrevinieron poco después no le permitieron continuar con este proyecto que él había meditado y preparado hacía varios años.¹³ Pasó lo mismo con la gran idea que había concebido de reunir en federaciones a los distintos Estados para fundirlos en un futuro próximo en una sola y misma república, que se extendiera a toda la América del Sur.¹⁴

En esta misma época los señores Manuel y Guillermo Matta, que son hoy por hoy las personalidades más sobresalientes del mundo de las letras y de la política en la América del Sur, organizaron con F. Bilbao asociaciones populares dirigidas a retomar la instrucción e iniciar a las masas en el conocimiento y la práctica de sus derechos, y ninguna empresa ha sido más ajena a cualquier móvil ambicioso ni más sinceramente inspirada por el amor del bien público. Era esta verdaderamente una obra de pura moralización que debería conducir gradualmente a las clases iletradas hacia los valores de la civilización. Los conciliábulos reaccionarios y clericales no tardaron en retomar sus maniobras y sus pretensiones, que esta vez debían concluir con un conato de guerra civil. Los hombres más honorables que por devoción a su país habían tomado la iniciativa de una misión difícil, pero inofensiva y pacífica, limitándose a proporcionar a las clases laboriosas de la población chilena las primeras enseñanzas que nunca había recibido, se encontraron en la necesidad de utilizar su derecho de defensa contra las agresiones injustificables de un gobierno que obedecía pasivamente a las órdenes de la congregación. Sorprendidos más que vencidos, F. Bilbao y sus correligionarios tuvieron que ceder ante el número, después de haber resistido todos los ataques. Este mismo gobierno hizo secuestrar y transportar a la fuerza hacia Inglaterra a bordo de un barco, en virtud de un acuerdo concluido anteriormente con un capitán que pertenecía a la marina mercante inglesa, a dos diputados, Sr. Gallo¹⁵ y Manuel Matta¹⁶, sin hablar de otros ciudadanos de los más honorables igualmente expulsados y deportados al extranjero. Este atentado sobre las personas, que constituía la más inicua y flagrante violación del derecho de gentes, fue objeto de una protesta dirigida, inútilmente como tantas otras, a los ministros de Gran Bretaña, a los oradores de la oposición al Parlamento, a la prensa de los grandes Estados del continente. Así son las cosas en nuestra vieja Europa. Un simple juicio obtenido con dificultad de los tribunales de Liverpool y que condenaba a una multa insignificante rechazada inmediatamente por los demandantes fue la única compensación y la única protección que pudieron encontrar estos hombres que se habían convertido al precio de todos los sacrificios en los representantes y divulgadores de nuestra Revolución en el Nuevo Mundo.¹⁷

¹⁵ Ángel Custodio Gallo, diputado por Valparaíso.

¹⁶ Manuel Antonio Matta, diputado por Copiapó y Caldera.

¹⁷ Todo este párrafo contiene al parecer una confusión del autor entre la Sociedad de la Igualdad de 1850 con el Club de la Unión de 1858, entre la revolución de 1851 con la de 1858, y hace referencia a la actuación de Manuel Antonio Matta, Guillermo Matta y Ángel Custodio Gallo en estas últimas. Exiliados de Chile por el gobierno de Manuel Montt en marzo de 1859, publicaron en París un folleto al respecto: *Montt, presidente de la República de Chile y sus agentes ante los tribunales y la opinión pública de Inglaterra*, Imprenta Española-Americana de L. Guerin y Compañía, París, 1859.

¹⁸ El periodo de residencia en Buenos Aires es, en realidad, práctica y teóricamente muy activo y productivo. Bilbao llegó a Buenos Aires en abril de 1857 y entre julio y diciembre publicó *La Revista del Nuevo Mundo*. Durante 1858, entre marzo y septiembre, tomó la redacción de *El Orden*, diario de Buenos Aires favorable a la Confederación Argentina. A fines de 1858 participó en la fundación de *El Grito Paraguayo* y en la organización de un Comité Paraguayo. Al año siguiente, entre abril y diciembre, tomó la redacción del diario oficial de la Confederación en Paraná, *El Nacional Argentino*. De regreso en Buenos Aires, entre 1860 y 1861, colaboró en *La Revista del Paraná* y en *La Reforma Pacífica*. En 1862, publicó *La América en peligro*, la *Contra-Pastoral*, tradujo *La expedición de México* de Quinet, y colaboró con artículos contra la intervención francesa en México asiduamente en *La Tribuna* y en *El Nacional*. En 1863, tradujo la *Vida de Jesús* de Renan y colaboró con los universitarios uruguayos en *La Aurora*. En 1864, colaboró en *El Pueblo* de Buenos Aires y en septiembre publicó su última obra, *El Evangelio Americano*.

¹⁹ Según testimonio de Manuel Bilbao, habría dicho poco antes de morir: “Esta es la primera batalla que mando en jefe” (*Vida de Francisco Bilbao*, p. CLXXX).

²⁰ Seguramente se trata de la comunicación de Manuel Bilbao a que se refiere el propio Jules Michelet en su carta de pésame reproducida en este mismo número de *La Cañada*.

Luego de estos infortunios, F. Bilbao se dirigió a Buenos Aires, donde vivió en medio de los suyos, en el retiro y el estudio.¹⁸ En esas circunstancias su salud recibió un golpe del que no se iba a recuperar. En lo más crudo del invierno y sin retroceder ante el inminente peligro, salvó de las olas a una mujer del pueblo que había caído por accidente desde el puente de un barco a vapor que descendía por el Río [de la Plata]. Luego de este acto de devoción del cual él se convertiría en la única víctima, sus fuerzas declinaron insensiblemente, y él mismo, que repetía gustoso con Montaigne que filosofar era aprender a bien morir, prepara sus últimos momentos reforzando su serenidad y su ternura hacia aquellos que amaba.

A fuerza de energía, superando intolerables sufrimientos con una sonrisa, comparaba su muerte a “la primera batalla que le había sido concedido mandar como jefe”.¹⁹ Los detalles que nos han llegado²⁰ nos han mostrado a F. Bilbao tal como lo conocimos siempre en los años de juventud y de madurez. Entonces como en todas las épocas de su tan corta existencia, uno hubiera dicho que se veía en él algo así como un reflejo de los tiempos heroicos. Ningún hombre estuvo más profundamente atravesado por los poemas de la antigüedad, que eran, como lo decía él mismo, “su escuela de acción y belleza”, y también “la médula, la sustancia” que él lamentaba no poder encontrar ya en el hombre moderno.

La fuerza y la luz constituía el fondo de su naturaleza, que permanecía siendo primitiva, virginal, y marcada hasta su último día por el sello de los grandes destinos. Su vida en Europa y en París no habían hecho más que reforzar el sentimiento nacional, que parecía inspirar todo en él y decidir hasta sus más ínfimas acciones. Sus últimas palabras recordaban con calor y efusión los nombres de Michelet y Quinet, sus más caros maestros y amigos de Francia, mientras repetía él también como Lamennais en su última hora: “los momentos de la muerte son los buenos”.²¹

Virtud, coraje, carácter, heroísmo, todas las caras del valor moral, las únicas con las cuales se reconocen los filósofos, el legislador, el político y el religioso, tenían sus más profundas raíces en la persona de F. Bilbao, que supo mostrarse, al encontrar las circunstancias más hostiles, como el

²¹ Según el testimonio de Manuel Bilbao, en los momentos previos a su muerte “recordaba a veces y repetía la frase final de Lamennais: ‘Estos son los bellos momentos’ (*Vida de Francisco Bilbao*, p. CLXXXIII).

apóstol, el mártir del ideal de justicia y de verdad que él había erigido en su pensamiento como ley de las naciones y de los individuos.

No nos concierne a nosotros constituírnos en testigos de un hombre que se distinguía entre todos más por sus facultades morales que por los dones eminentes del espíritu. Digamos solamente que Francia acaba de perder en los países lejanos uno de esos representantes más devotos a los principios e ideas que ella ha largo tiempo diseminado y enseñado por el mundo. Esta alma ardiente, puesta a prueba en las luchas de la política y las más duras necesidades de la existencia, nunca cesó de sentir por Francia, su patria de adopción, la más tierna de las piedades filiales.

La regeneración de América fue la única ambición de su vida, así como en toda ocasión la confesión de su fe religiosa y política fue su única preocupación. En toda época, en todo momento, fue la suya una prédica por el ejemplo, una propaganda respetada por aquellos mismos que creyeron que debían combatirlo. Le había sido conferida esa felicidad suprema que no recae sino sobre los más dignos, la de dejar este bajo mundo en la plenitud de su conciencia. La muerte no debía ser más que “el triunfo de la energía sobrenatural”, que él mismo proclamaba con las últimas palabras que pudo pronunciar.²²

Tal fue el fin de un hombre que había tomado a su cargo las almas a través de un mundo que espera ser la resurrección a la vida general. Que se nos permita reproducir aquí algunas líneas de la carta que Michelet, el gran historiador, nos ha escrito al enterarse de este doloroso acontecimiento. No podía ofrecerse ningún testimonio más digno a su tan pura memoria, lo que viene a sumarse a otras glorias, aquello de haber sido honrado solemnemente por sus adversarios y por todos los diarios de la América del Sur, que han deplorado su pérdida como una desgracia pública:

“¡Qué! ¡Ha terminado esta gran esperanza! ¡Tantos hombres, que esperaban de él las cosas más grandes, tenían los ojos puestos sobre él! Nosotros decíamos, Lamennais y yo con Quinet: ¡este será el gran ciudadano! Yo había soñado con un Washington del Sur... *Miserae spes hominum*”.

Agreguemos las palabras de Herder a propósito de los destinos tempranamente arrebatados: *In magnis sat est voluisse*.

²² “Esta es la última” (*Vida de Francisco Bilbao*, p. CLXXXIV).